

Luz, *extrañada*.—¿Nicolás?

ANGELA, *impertinente*.—No, el otro. ¿Cuántos tienes, pues?

Luz, *casi como hablando para sí*.—Era tiempo; llevamos dos meses de veraneo y sólo una vez ha venido por aquí.

ANGELA.—Si no me equivoco está enfermo. Según me dijo, no era su propósito llegar con los paseantes: la casualidad los reunió en el tren.

Luz, *volviéndose*.—Voy a verlo, Marcelo.

*Marcelo asiente con una inclinación de cabeza. Luz se aleja un poco.*

ANGELA.—Espéranos, vamos contigo.

*Consultando a Marcelo con la mirada. Luego en tono confidencial:*

Juraría que le sorprende más a Luz verlo ahora, que si se le apareciera diez años después de muerto.

*Se van todos por la puerta primera.*

## ESCENA VII

JOSÉ

Entra cargado de sillas que ordena en silencio. Regresa por donde entró.

## ESCENA VIII

MARCELO y ROBERTO

Se han adelantado un poco y charlan de pie.

MARCELO, *en voz baja*.—Cómo has hecho para soportar tanto tiempo la charla de doña Encarnación?

ROBERTO.—Te equivocas, chico: me he divertido en su compañía de lo lindo. Figúrate que me le puse romántico, bañado en luz de luna y en efluvios primaverales, y le hablé de amores: la enternecí! La enternecí!

Quieres apostar algo a que la próxima vez que vengas la encontrarás de negro, con los rizos blancos sobre la frente, leyendo a la pálida luz de una pantalla ..

MARCELO.—No veo la razón.

ROBERTO.—Vaya! Tiene gracia! pues porque le he asegurado con mucha formalidad que nada hay tan poético, con tanto sabor antiguo, como una dama enlutada con las guedejas níveas sobre la frente, que lee un libro junto a una lámpara de luz difusa....

MARCELO.—En tal postura, esa señora merecería un sitio al lado del sillón ministerial de papá.

## ESCENA IX

Dichos y DOÑA ENCARNACIÓN, DOÑA ANTONIA, FERNANDO, DON ANDRÉS, LUIS, BLANCA, GRACIELA y ANGELA.

Van llegando escalonadas a la terraza. Primero las dos señoras: después don Andrés y Fernando; en seguida Blanca, Graciela, Angela y Luis. Se sientan en ese mismo orden. Debe haber una silla vacía al lado de Luis y Angela.—Roberto y Marcelo son los últimos que se sientan, uno al lado del otro.

ROBERTO, *se dirige a Luis, señalando a Blanca*.—Amigo Luis, está usted a noventa días vista! Siéntese al lado de su novia; hágase efectivo.

*Se levanta y da el brazo a Blanca llevándola al lado de Luis.*

BLANCA, *a Roberto, en voz baja*.—Ay! qué pesado es usted!

LUIS, *a Roberto*.—Es usted el extracto de la amabilidad.

DOÑA ENC., *que durante los diálogos anteriores ha mantenido un palique con sus vecinos, alzando la voz*.—Oh! Esto es horrible! Y aun permanece el crimen en el misterio?

D. ANDRÉS.—Le aseguro a usted que es conmovedor.

Los celos! Una mujer que muere a manos de su amante!...

DOÑA ENC.—El amor!... El amor!...

MARCELO.—El amor no. El verdadero amor ni muere ni mata.

ANGELA, *mirando a Marcelo*.—El amor que no está dispuesto hasta morir, o matar, no es amor.

LUIS, *despectivamente*.—Es un mito.

DOÑA ANT., *muy formal*.—La culpa de todo esto la tiene la falta de religión.

GRACIELA, *con aire medroso*.—Ay! A mí me da un miedo... porque los novios son muy malos .. Raro es el día en que no matan a una pobre muchacha.

Tan malos que son los novios...

*Luis trata de tranquilizarla, en voz imperceptible para el público.*

ANGELA, *haciendo señas a Marcelo de que vaya a sentarse junto a ella, en tono mesurado*.—Marcelo... Este ¿accede y ocupa la silla vacía junto a Angela.

D. ANDRÉS, *en tono oratorio*.—En mi alta concepción del deber, hallo disculpa siempre, siempre soy magnánimo, para aquellos desgraciados, que, en un arranque pasional,